

## MOBY DICK. Herman Melville

En mi infancia aún se vendía en los mercados carne de ballena. Se vendía en las pescaderías y, como no era excesivamente cara, se la hacíamos comprar a mi madre. Luego, no nos gustaba. Tenía un sabor extraño, una mezcla entre el sabor del pescado y el de la carne, que no era en absoluto agradable y solía terminar en la basura. Mi madre se enfadaba y nos decía que era la última vez. Pero bastaban unos meses para que, al ver de nuevo en el mercado aquella carne consistente, levemente rosada, rompiendo el aburrimiento de nuestras compras tan previsibles, volviéramos a sentir la tentación de probarla de nuevo y para que ella volviera a ceder. Traer a nuestra mesa de familia de tierra adentro la carne de aquel animal magnífico y misterioso, que se desplazaba por los mares siguiendo sus rutas eternas era como traer a nuestro mundo pequeño y aburrido el gusto del mar, de los tifones oscuros y de los sueños de miles de hombres que los habían surcado, movidos por las ansias de aventuras y de libertad. Algo así como si hubiéramos tenido la oportunidad de comer carne de elefante o de rinoceronte, o alguno de esos platos exquisitos, las aletas de tiburón, la carne de serpiente o la sopa de tortuga, que alimentaban nuestras imaginaciones infantiles, a través sobre todo del cine y de las novelas de aventuras.

Y recuerdo también que uno de esos años, en unas ferias, llevaron a Valladolid el esqueleto de una ballena. Se expuso como una atracción, sobre una gran plataforma, y había que pagar una entrada, que daba derecho a una fotografía, que por supuesto nos hicimos sin dudar. El gran esqueleto blanco se erguía hasta alcanzar las copas de los árboles como la columnata de un templo donde hubieran tenido lugar antiguos cultos de los que no cabía hablar sin estremecimiento. He perdido esa fotografía, pero aún me veo detenido con mis hermanos ante las inmensas mandíbulas de la ballena, con una expresión vagamente temerosa, como si aquella criatura tuviera un poder místico que ni la misma muerte pudiera mermar. Un poder que tenía que ver con la noche y los grandes océanos, con esa vida misteriosa y preñada de presagios de nuestras pesadillas infantiles, de la que todo cuanto nos rodeaba no era sino un frágil y siempre amenazado reflejo. Y en el que aquella “ballena blanca, terrible, misteriosa, como si no pudiese morir”, que una tarde habíamos descubierto en la sala oscura de un cine, ocupaba un lugar decisivo.

En realidad mi primera visión de la gran obra de Melville procede del cine, ya que la novela no la leería hasta varios años más tarde. No creo que sea una novela que puedan entender los niños, por mucho que sea precisamente gracias a las colecciones de libros para jóvenes por lo que pueda seguir comprándose en todas las librerías. John Huston la rueda en 1955, y Ray Bradbury interviene en el guión, que es un ejercicio de elipsis difícilmente mejorable. Como lo es la interpretación de Orson Welles, en el papel del padre Mapple. Su sermón al comienzo de la película toma su fuerza en la idea calvinista de la depravación innata del ser humano y el pecado original. “La fe, como un chacal, se alimenta por entre las tumbas. Es sobre todo en nuestras dudas sobre la muerte donde encuentra sus mejores razones para existir”.

John Huston dirá en sus memorias que *Moby Dick* fue la película más difícil que hizo en su vida. Accidentes, galernas, cambios meteorológicos y sin fin de imprevistas adversidades, llegaron a multiplicar los gastos del rodaje de tal forma que llegó a dudar seriamente de pudiera terminarlo alguna vez. Años después, cuando redacta sus memorias, su conclusión parece clara: “La película, como la novela, es una blasfemia, así que supongo que podemos pensar que cuando Dios no envió aquellos terribles vientos y aquellas espantosas olas estaba defendiéndose de todos nosotros”.

El tenebrismo, la melancólica visión del destino humano, que rodea el desarrollo del relato no deja a Huston duda alguna acerca de que para Melville, su autor, la ballena blanca no es sino la máscara de una deidad a la que place atormentar y torturar a los hombres. “¿Dónde van los asesinos?... ¿Quién condena cuando el propio juez es llevado ante el tribunal?”, clamará el capitán Achab, ante su aterrada tripulación, poco antes del desastre.

La novela había sido publicada en 1851, cuando Melville tenía 32 años. La crítica de entonces la juzgó ampulosa y extravagante, y su premiosidad y su fragmentarismo provocaron la indiferencia de los lectores. De hecho, supuso el principio del fin de la consideración que Herman Melville había conseguido con sus primeras novelas, especialmente con las que se desarrollaron en los mares del Sur, y habría que esperar hasta 1919, fecha del centenario de su nacimiento, para que tanto críticos como lectores volvieran a acordarse de él. Pero sería, sobre todo, a partir de la Segunda Guerra Mundial, cuando Herman Melville alcanzaría a tener esa consideración indiscutible de clásico que goza en nuestros días. Fue entonces cuando empezaron a multiplicarse los estudios sobre él, y cuando tres de sus relatos -*Moby Dick*, *Batleby*, *el escribiente*, y *Billi Bud*, *marinero* - alcanzarían el rango indiscutible de grandes obras de la literatura

universal. No es casual que sucediera en ese momento, ya que fue una época tenebrosa y oscura que, tras descubrir los campos de exterminios y la sinrazón del apocalipsis atómico, volvió a situar a la conciencia del hombre occidental frente a ese sombrío e irónico núcleo demoníaco del universo que había sido el tema central de la obra de Melville. Melville, en efecto, sabía mucho de ese universo golpeado por el terror y la oscura indiferencia de su creador. Su novela *Moby Dick* se la dedica a su amigo el escritor Nathaniel Hawthorne, de quien dejó escrito que era el hombre que mejor conocía “las supuraciones y la decrepitud de la inescrutable malevolencia del universo”. Melville era sin duda un gran pesimista que, frente a los que afirmaban la bondad del hombre, opuso siempre la desesperante ambigüedad del bien y el mal.

Tal vez por eso, cuando, en torno a los diez años, conocí, a través del cine, aquella historia, sin duda una de las más grandiosas, libres y crueles que han acompañado al hombre en su paso por esta tierra, ni la locura del capitán Achab ni el relato de su lucha demoníaca por vengarse de la ballena blanca, me resultaron tan nuevas. En realidad, aquella atmósfera de solemnidad y severidad, de orgullos humanos que se humillan frente a dios, y de terrores naturales que son su directa manifestación, remitía al mundo del Viejo Testamento. Para los niños que habían crecido escuchando las historias que procedían de ese mundo, la historia de la Ballena blanca no era distinta, por ejemplo, a la de Jonás o a la del pobre Job. La crítica ha subrayado el peso que en la obra de Melville tiene ese mundo lleno de rigor y tinieblas. En *Moby Dick*, de hecho, las referencias a la Biblia son numerosas, empezando por los nombres de muchos de sus personajes. Ismael, su narrador, toma su nombre del hijo nómada de Abraham. Abraham lo arroja de su lado por incitación de Sara su esposa, que teme que Isaac, su hijo, pueda ser desplazado alguna vez por el hijo de una esclava, y termina por transformarse en el padre de las tribus beduinas. Un nómada, como lo es el propio narrador de *Moby Dick*, alguien cuya condición de huérfano, que quedará patente en el último párrafo del libro, le impedirá otro destino en la tierra que esa deriva interminable. El nombre Achab procede de un rey de Israel. Se casa con la malvada Jezabel, adora al dios pagano Baal, y como el protagonista de Melville acabará mal. Las semejanzas de su historia con la de Jonás parecen además fuera de toda duda. Ambos deben enfrentarse a una ballena que representa las fuerzas demoníacas del mundo, y ambos serán arrastrados por ella a las profundidades del mar. Hay una diferencia, Jonás huye de Dios mientras que Achab le desafía, lo que será causa de su destrucción.

*Moby Dick* representa lo demoníaco del universo, la conciencia detrás de las fuerzas destructoras, ese “mundo invisible del cual lo visible no es más que un pálido reflejo”.

Acab, delira, ayuna, vela, hace alocuciones al cielo. Como los héroes de Homero se enfrenta al misterio del mundo, y como los reyes sanguinarios de Shakespeare, el rey Lear, Hamlet, Macbeth, vive para desvelar al enigma de la muerte. Tal como señala Julio C. Acerete, al capitán Achab le mueve, como a los grandes héroes trágicos, un deseo de conocimiento. Por eso cuando Starbuck le reprocha a su capitán “que vengarse de una bestia que no obra más que por instinto ciego le parece un acto blasfematorio”, Achab le contesta que “todas las cosas visibles no son más que el cartón hueco de una máscara, de forma que si desea poner al desnudo la razón, habrá de deshacerse por fuerza de esa máscara”.

Pero nos engañaríamos si pensáramos que Moby Dick es un obra que sólo posee esa tenebrosa dimensión simbólica. En realidad Moby Dick, es muchas cosas. Una especie de tratado oceánico, zoológico y ballenero, un poema de la acción y del peligro, una novela de iniciación. En su comienzo un muchacho, Ismael, abandona su mundo conocido para adentrarse en lo fantástico “en un mundo, como escribe Acerete, poblado de arponeros paganos, olas primordiales, miembros humanos tallados en hueso de ballena, monstruos marinos salidos de no importa qué universo metafísico, y también por la incertidumbre que sólo es capaz de proporcionar la proximidad de la muerte”.

El conflicto no está solo entre Achab y la ballena blanca, sino entre la razón y la locura. “¡Ah, Acab!, no es demasiado tarde, incluso ahora, el tercer día, para desistir. ¡Mira!, Moby Dick no te busca. ¡Eres tú, eres tú el que locamente la buscas”. Starbuck trata de decirle a su capitán que que enfretarse a un animal que actúa ciegamente es una locura. Su trabajo es cazar ballenas y proveer de aceite las lámparas de los hombres, no enarbolar la bandera de la venganza; y hacerlo es un delito de usurpación.

Pero es demasiado tarde para que Achab, un marino de Nueva Inglaterra, un monomaniaco sin recuerdos de su vida en la tierra, pueda hacerle caso. La ballena lleva sus arpones, “permanecían clavados y retorcidos sobre ella”, y le ha entregado, con su pensamiento entero, una de sus piernas. Puede que no sepa exactamente lo que significa Moby Dick, pero su vida depende de esa captura. Quiere la venganza pero, sobre todo, quiere saber. Enfrentarse a la muerte tratando de dirimir su sentido.

Tal vez por eso uno de los momentos culminantes de la novela es el encuentro en alta mar de el Pequod y el Raquel, otro barco ballenero. El capitán del Raquel anda buscando por el mar a uno de sus hijos perdidos, y pide ayuda al capitán Achab. Pero este sólo quiere oír noticias de la ballena blanca y, cuando finalmente las obtiene, rehusa ayudarle en su bús-

queda para reiniciar al momento su persecución. Entonces entendemos la advertencia de Stub, uno de sus lugartenientes: “Achab debe temer a Achab”. Y en efecto, el verdadero enemigo del capitán Achab no es Moby Dick sino su propia y desmedida sed de venganza.

Julian Green en su libro *Suite inglesa*, narra una curiosa anécdota de Melville. Eran los tiempos en que éste estaba escribiendo *Moby Dick*, y en que fue vecino del matrimonio Hawthorne. Melville les iba a visitar a menudo, y éstos se pasaban largas veladas escuchando los relatos de sus aventuras juveniles, cuando “una camisa de franela roja y un pantalón de tela blanca, un cepillo de dientes y un cinturón forrado de billetes de banco” eran todo su equipaje. Un día les cuenta una batalla de salvajes en una isla del Pacífico. Uno de los contendientes lleva una enorme porra con la que causa estragos entre sus enemigos, y, cuando al terminar su relato, Melville se despide de ellos, sus anfitriones se ponen a buscarla en su propia casa. Cuando unos días después Nathaniel y Sophie le preguntan a Melville por aquella porra, comprueban que no la había llevado con él porque simplemente no existía.

Esta pequeña anécdota habla del prodigioso arte de narrar de Melville. Escritor de una prosa arrebatada y visionaria, su relato de la Ballena Blanca llegará a ser tan vivo y convincente que nadie que lo haya leído alguna vez podrá olvidarlo jamás. No hay nada que descubrir detrás de la Ballena Blanca, nos dice ese relato atroz. Su pavoroso significado está precisamente en que representa un vacío, una nada, una fuerza bruta, o quizás un agente incognoscible (que viene a ser lo mismo). El aniquilamiento frente al sagrado misterio del mal es la única forma posible de comunión, como escribió Cesare Pavese. Y sin embargo, el último párrafo del libro deja entrever una pequeña esperanza. Ismael logra sobrevivir al naufragio, utilizando como embarcación el ataúd de su amigo caníbal, como si fuera posible volver de la muerte, como hizo Jonás.

*Sostenido por ese ataúd, durante casi todo un día y una noche, floté por el océano blando y funéreo. Los inocuos tiburones pasaban a mi lado como si llevaran candados en la boca; los salvajesalcones marinos navegaban con sus picos envainados. Al segundo día un barco se acercó y por fin me recogió. Era el Raquel, de rumbo errante, que retrocediendo en busca de sus hijos perdidos, encontró sólo otro huérfano.*

Un barco, también de nombre bíblico, el de la piadosa y dulce Raquel, viene en ayuda de Ismael, demostrando que hay otro misterio que tal vez supera el de la ballena blanca, el de esa luminosa camaradería que aparece entre los hombres de forma tan natural como suele hacerlo

la nocturna maldad. Recuerdo, a este respecto, que en la tarde en que fuimos a ver el esqueleto de la gran ballena pasó una cosa que no he llegado a contar. Paseábamos entre los enormes huesos cuando empezó a llover. Un niño de unos cuatro años se soltó de la mano de su madre y, excitado por la lluvia, se puso a correr y a bailar entre los grandes costillares blancos, ante la alarma de los vigilantes. El esqueleto del gran monstruo, del terrible leviatán de la biblia, se transformó por unos instantes en el recinto frágil de la vida y, todos los que presenciábamos la escena, sonreímos complacidos. Ese fue el problema del capitán Achab. No debió olvidar, como le pedía Starbuck, su segundo en el mando, que su misión, como capitán de un barco ballenero, no era perseguir quimeras sino proveer de aceite las lámparas del mundo. Ese era el verdadero misterio, que esas lámparas siguieran gloriosamente encendidas en la noche del mundo.